

Lagarde se arrepiente de la moderación salarial

■ Manuel Capilla

Empieza a ser costumbre que el **Fondo Monetario Internacional** se desdiga de sus recomendaciones y previsiones, ahora incluso en lo relativo a la moderación salarial, una de las banderas de la institución liderada por **Christine Lagarde**. No hay que olvidar el objetivo último de la reforma laboral impulsada por el Ejecutivo de **Mariano Rajoy** era precisamente la devaluación interna, erosionando seriamente la negociación colectiva, por ejemplo.

De hecho, el FMI ha recomendado el recorte de los sueldos en España en varias ocasiones a lo largo de los últimos años. Por ejemplo, en mayo, el jefe de la misión española del FMI presentaba ante la prensa su informe sobre la economía española, en el que señalaba la necesidad de continuar con la moderación salarial en las pymes para poder crear empleo. Y en julio, en su análisis de la economía de la zona euro, señalaba otra vez la importancia de "garantizar las condiciones para continuar con la moderación salarial y la diferenciación de los incrementos salariales entre empresas y sectores".

Sin embargo, ahora, donde dije digo, digo diego. El FMI acaba de publicar un informe titulado 'Moderación salarial en las crisis. Consideraciones políticas y aplicaciones en la eurozona', en el que analiza el resultado del



C. Lagarde.

"El FMI ha recomendado el recorte de los sueldos en España y la Eurozona en varias ocasiones a lo largo de los últimos años"

recorte de los sueldos en España y en los otros cuatro países más afectados por la recesión y la crisis del euro: Grecia, Italia, Portugal e Irlanda. Y el documento arroja unas conclusiones un tanto desconcertantes y contradictorias con las políticas que el FMI ha venido defendiendo.

En el texto, el FMI explica que la devaluación salarial "es una forma de incrementar la competitividad

del país, pero en lugar de devaluar la divisa, se hace forma interna reduciendo salarios y beneficios distribuidos". Pero ese incremento de la competitividad se ve mermado si el **Banco Central Europeo**, en este caso, no la acompaña de rebaja de tipos. "Si varios países en crisis emprenden este camino de la moderación salarial, el resultado sólo es positivo si se apoya con políticas monetarias acomodaticias. En ausencia de estas políticas, la moderación salarial puede terminar reduciendo el PIB del conjunto del área monetaria", explica el FMI.

Hace ya tiempo que los tipos en la eurozona están en mínimos, muy próximos a cero, con lo que la posibilidad de darle a la máquina de los billetes no existe. Así las cosas, el FMI descubre ahora que la devaluación interna que ha venido defendiendo en Europa no sólo ha empeorado las condiciones de vida de los ciudadanos, sino que además ha recortado el crecimiento no sólo en estos países, sino en el conjunto de la eurozona, y por tanto las posibilidades de crear más puesto de trabajo.

Aunque quizá no sea necesario ser catedrático de macroeconomía para darse cuenta de que "la moderación salarial incrementará probablemente la competitividad externa y las exportaciones netas", pero que, al mismo tiempo, "ésta añade presiones deflacionarias, lo que implica altos tipos de interés reales, aumento

de la deuda pública y privada en términos reales y una menor demanda doméstica". Y que, por tanto, "la política monetaria necesita tener en cuenta el impacto desinflacionario de los salarios y la moderación de precios para hacerlos sostenibles". ¿Y qué pasa cuando ya no se pueden bajar más los tipos, como sucede ahora en Europa? A eso no responde el Fondo.

En este escenario, parece que las políticas de devaluación interna podrían haber tocado a su fin. Eso es lo que defiende el presidente del **Banco Popular**, **Ángel Ron**, en una entrevista

"Ahora, la institución descubre que la devaluación interna no sólo ha empeorado las condiciones de vida de los ciudadanos, sino que además ha recortado el PIB"

concedida la semana pasada a la cadena Cope. En concreto, el banquero destacó la desigualdad salarial que existe en España, con empleos "buenos y bien pagados y otros de peor calidad y una retribución mucho menor". Así las cosas, subrayó que "ha llegado el tiempo de subir los salarios" de los puestos con mayor productividad.

Pero no lo ven así desde el

Banco de España. En una comparecencia pública la semana pasada, el director general de Economía y Estadística de la institución, **Pablo Hernández de Cos**, explicaba que "la moderación salarial era necesaria en una economía que alcanzó una tasa de paro del 26% de la población activa, ya que el ajuste se había hecho de forma desmesurada vía despidos". Y añadía que el mantenimiento en la contención de los sueldos es propio de los periodos de recuperación del empleo, donde los puestos de trabajo crecen a mayor ritmo que los salarios.

Además, De Cos admite que la reforma laboral impulsada por el gabinete de Mariano Rajoy ha permitido que esta moderación salarial no sea algo puntual, sino estructural. Y el hecho de que la temporalidad del empleo aumente en épocas de recuperación, como sucede actualmente, contribuye también a ese menor incremento de las rentas salariales. Y es que según los datos que difundía el **Instituto Nacional de Estadística** a principios de diciembre, el 30% de los españoles ganaron menos de 1.221,1 euros brutos al mes en 2014, es decir, no llegaron a cobrar ni 1.000 euros netos al mes. Además de constatar el bajo nivel de los salarios en España, el estudio del INE dejaba también otra evidencia: que los salarios se han estancado. Habrá que ver si el gobierno que salga de las urnas el 20-D atiende la rectificación del FMI.

Crónica mundana

La Yihad quiebra los valores de una sociedad plural

■ Manuel Espín

Los 130 muertos de **París** –pero también los de **Túnez** y los que cada día se producen en **Beirut** o en **Siria**, en **Irak** o en **África**– han generado un cambio radical de los discursos en **Europa**, empezando por el de **Francia**. **Hollande**, que se enfrenta a unas elecciones regionales en las que el **Frente Nacional** de **Marine Le Pen** tiene todas las posibilidades de ganar, encabeza la línea dura de la intervención contra el **Estado Islámico (EI)**, de la que pretende que formen parte no sólo **Estados Unidos** y **Rusia**, sino la **UE** en su conjunto. Se trata de una faceta inédita de un presidente al que en otros momentos se calificó de "falto de decisión". El problema es que el gobierno del **PSF** que encabeza **Valls** adopta el discurso de Le Pen en aspectos que semanas atrás hubieran parecido "escandalosos": control nacional de las fronteras, con lo que **Schengen** y el resto de los acuerdos de política europea de libre tránsito entre ciudadanos comunitarios salta por los aires, y cierre del programa de acogida a refugiados; es decir, el mismo plan que la extrema derecha europea reivindica desde hace tiempo. El tremendo golpe del terrorismo yihadista ha conseguido lo que nadie hubiera podido imaginar: poner en cuestión los valores de Francia (y Europa) como lugar de acogida, espacio de convivencia entre plurales y diferentes. Se quiera reconocer o no, el contenido islamófobo presente en



M. Le Pen.

las ultraderechas europeas se filtra hacia los partidos democráticos que han defendido valores republicanos de "igualdad, libertad y fraternidad". El debate está presente en los medios: ¿hasta qué punto ha fracasado la política de interculturalidad? ¿Son una pura ilusión estrategias como la **Alianza de Civilizaciones** de **Zapatero** y otras similares? ¿Es necesario imponer un "contrato de adhesión republicana" a inmigrantes y residentes en Europa si quieren seguir viviendo y trabajando en **Occidente**?

El problema es complejo y no se puede resolver con los criterios de sí o no con los que frivolamente juegan algunos políticos y medios. La repercusión del caso alcanza en primer

término a la intervención armada frente a EI en Siria e Irak. Se puede, como afirma la promoción de una cadena de radio española, "vencer a EI tras una semana de acciones militares", pero esto no soluciona el problema por sí mismo. El integrismo islamista se sigue financiando, entre otras vías, por sospechosos vínculos con fundaciones ligadas a algunas monarquías del **Golfo** aliadas de Occidente, al menos en sus cúpulas. Así como se desenvuelve gracias a la debilidad de Estados fallidos especialmente en África sin capacidad alguna para controlar fronteras trazadas a lápiz, con administraciones corrompidas o inexistentes, sin capacidad para desarrollar una acción de gobierno: el yihadismo llena un vacío, y ofrece, como ya ocurriera en **Argelia** con su trágica **guerra civil**, unos sistemas de caridad paternalista dentro del mismo paquete de rigorismo religioso. De lo contrario sería imposible explicar su extensión por mucho que los valores de laicidad no hayan encontrado un hueco en sociedades incapaces de transitar por su propia **Ilustración** ni por 1789, saltando de pueblos de pastores a teocracias millonarias gracias a los ingresos del petróleo. Hay muchos problemas añadidos en una acción militar de Europa y **América del Norte** para destruir a EI: la percepción por parte de sociedades musulmanas crecientes en población de que se trata de una agresión contra su identidad cultural. Los terroristas

han conseguido un efecto inmediato más allá del Estado de Emergencia o de la adopción por buena parte de la ciudadanía de los planteamientos de la extrema derecha europea: poner bajo sospecha a las comunidades islámicas, con una creciente y alarmante islamofobia. El manifiesto de los imanes de

"Hollande y Valls cambian radicalmente de discurso tras la masacre de París"

"La lucha contra el integrismo islámico no se resuelve sólo con bombardeos"

Francia contra la Yihad y el terrorismo es insuficiente si no son los propios líderes de estas confesiones quienes se ponen "al frente de la manifestación" contra el integrismo y el fanatismo de la **guerra santa**.

La situación además viene a confirmar lo que debe ser reconocido como fracaso: el modelo de convivencia entre espacios y comunidades y la inexistencia de territorios de integración. La descripción de ese fracaso está presente en el urbanismo, con barrios gueto cada vez más cerrados y donde al sentirse hostilizados sus residentes se vuelven más herméticos, como en **St. Denis**, en el **barrio yihadista** de **Bruselas** o en tantos otros lugares de aquí y

de allá. Alcanza al espacio educativo, en teoría el mejor dotado para la transmisión de valores de igualdad, con un estrepitoso fracaso en el rendimiento académico según el origen de los alumnos. E incluso en el laboral, como describe la tremenda denuncia presente en los medios galos sobre trabajadores en los autobuses de París que quieren imponer la ortodoxia islámica. Pese a ello, caer en discursos islamofobos es hacer el juego a la Yihad, allanar su camino para que amplíen sus tentáculos entre comunidades que se sienten ya marginadas. Vencer a EI en el campo de batalla, algo relativamente fácil y rápido –más allá de los riesgos de alcanzar a la población civil y de los llamados efectos colaterales–; de lo que se trata es de evitar que la frustración de un sector relevante de las sociedades islámicas, en lugar de abrirse hacia perspectivas de laicidad y de separación entre lo público y lo religioso, encuentre un fácil narcótico a sus dolencias en el rigorismo de la **guerra santa**. Cuando estos días se escuchan discursos demagógicos sobre la "imposibilidad de convivencia" entre valores culturales y sociales divergentes, o en torno a la relativa facilidad con la que los mensajes irredentos del terrorismo han calado entre ciertas poblaciones, no hay más que recordar que más allá de los sangrientos zarpazos de **Nueva York**, **Madrid**, **Londres** o París, es rara la jornada en la que la Yihad no se cobra nuevas víctimas contra sus, sobre el papel, "hermanos de religión", igual de sacrificados en **Afganistán**, **Siria**, **Nigeria** o el norte de África.